



Viernes Santo

¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde
la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: “¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!”
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¡Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

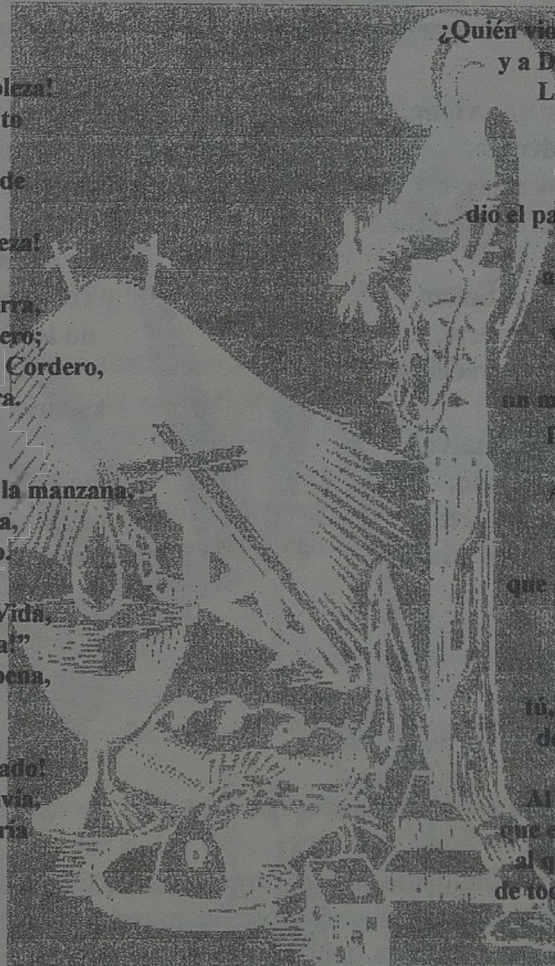
En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre gluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.



Últimas palabras de cuatro nuevos cristos y el silencio de Dios.

“Dice Miguel Angel: Me despiertan los saludos de los hermanos. Veo que Servando está más sereno y tranquilo... Voy a orar un rato. Servando me para la epístola del día y me dice de leerla, Ef 6,10-20: “Poned vuestra confianza en Dios.” Tenemos la eucaristía y desayunamos... Todos se han marchado. Hacemos una oración juntos luego consumimos el santo sacramento...”

Por su parte, el hermano Fernando, mucho más lacónico siempre en su diario, fue sorprendido mientras lo escribía. Lo correspondiente al día 31, en cuya página se encuentra la cinta separadora bañada en sangre, dice sólo esto: “El día ha comenzado con una espesa niebla. Después ha hecho sol. Los zaireños han venido desde Bukavu y Bagira, huyendo de la guerra. Hemos escuchado las bombas a las seis y media. Fray Servando ha llamado por teléfono a...”

No pudo ni terminar la frase... Servando estaba hablando por teléfono con el hermano Ramón Rodríguez, Provincial de la Bética y que era además primo suyo. En ese momento interrumpió la conversación con estas palabras: “Te dejo. Tenemos visita.” El otro preguntó: “¿Buena o mala?” Y Servando contestó: “Parece que mala.” Poco antes se había puesto en contacto con Roma, advirtiendo del peligro que se corría... También se había despedido de su madre, Otilia...

La mala visita era un grupo de ochenta hutus armados, a las órdenes de un teniente. Eran los temibles interahamwes, matones expertos en asesinar...

Uno de los zaireños, o quizá fue un huto rezagado, escuchó un grito que procedía del interior de la casa de los hermanos, cuando ésta estaba ya rodeada por los milicianos y dentro se encontraban los cabecillas. “¡Dios mio! ¡Dios mio! Vámonos a morir. Ten misericordia de nosotros.” No sabemos más. Se escucharon tres disparos seguidos. Luego varios más y, finalmente, otro. Parece que fueron unos seis tiros en total y luego vino el saqueo.”

(SANTIAGO MARTIN, *El silencio de Dios*)